
REVISTA

DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SUMARIO

Armonía del Evangelio y la Ciencia.—En el XIV aniversario de la desencarnación de Allan-Kardec.—Positivismo espiritualista.—Anita.—Un recuerdo á mi amiga Anita de Campos en el aniversario de su transformación.—Á la memoria de mi hermano del alma José Arrufat.—Las Estrellas, soles del infinito y el movimiento perpétuo en el Universo.—Variedades.—Crónica.

ARMONIA DEL EVANGELIO Y LA CIENCIA

Ernesto Renán, sabio orientalista francés, que se proclama cristiano, dice en su VIDA DE JESÚS lo siguiente: (1)

«Ninguna manifestación pasajera agota el manantial divino; Dios habíase revelado antes de Jesús, Dios se revelará después de él. Profundamente desiguales y tanto más divinas, cuanto más grandes y espontáneas, las manifestaciones del Dios oculto en el fondo de la conciencia humana, son todas del mismo orden. Jesús no pertenece únicamente á los que se dicen sus discípulos: él es la honra común de todo el que siente latir en su pecho un corazón de hombre.»

En la dedicatoria, dice á su hermana muerta, después de algunas frases llenas de ternura que revelan la elevación de su alma:

«..... Tú duermes ahora en la tierra de Adonis, cerca de la Santa Biblos y de las aguas sagradas, donde iban á mezclar sus lágrimas las mujeres de los misterios antiguos. Revélame ¡oh buen genio! á mi, á quien tanto amabas, esas

(1) Renan dirigió en 1860 y 1861, una misión científica para explorar la antigua Fenicia. Con este motivo residió y viajó por todo el país evangelico. Durante el verano subió á Ghazir en el Líbano para descansar, y allí en compañía de su hermana Enriqueta, escribió bajo el techo de una cabaña moronita su célebre libro.

Enriqueta murió en Biblos en Setiembre del 61; y su hermano quiso dedicarla la obra que tanta admiración ha producido en el mundo moderno por su sentido religioso y cristiano, por mas de que á nuestro juicio adolece de algunas contradicciones propias de nuestro período de *transición*.

verdades que dominan la muerte, que impiden tenerla y casi nos la hacen amar. »

Es cosa singular que á los hombres grandes les invadan, aunque no quieran, las influencias misteriosas. Á Mahoma le inspira el ángel Gabriel, á Volney le subyuga un genio al meditar en las ruinas, y de estos comercios entre la tierra y el cielo brotan ideas de reforma.

Pero detengámonos un momento en las frases de Renán, que no puede ser sospechoso de amar la ciencia.

Preguntemos á él y á sus admiradores, que son muchos:

Si Dios *«se ha de revelar»* después de Jesús, y si *«se reveló»* antes de él; ¿de qué maneras lo hizo y lo hará?

Si son *«profundamente desiguales»* las manifestaciones de Dios en la conciencia: ¿cuáles son sus grados y los fenómenos que producen?

¿Pueden los *«buenos genios»* revelar esas *«verdades que dominan la muerte, que impiden tenerla y casi nos la hacen amar?»*

Hay problemas que quedan resueltos al plantearlos.

Sólo los buenos genios, interviniendo en el mundo, son los llamados á resolver esos misterios y otros de la vida; ellos se asocian visible ú ocultamente á la labor de los hombres: dan claves amplias para interpretar las revelaciones, engendrándose así un progreso en la crítica y ampliando el Evangelio, cuya obra de amor tan admirablemente fué desempeñada por la misión de Jesús.

En la inspiración progresiva del cristianismo, en las evoluciones de sus renacimientos, presiden los espíritus, demostrando, que no es uno sólo el modo de la manifestación divina, sino múltiple y variado, y que ellos, hombres como nosotros en cuanto al alma, son los cooperadores de Dios en el poema de la historia.

La revelación eterna de Dios al hombre, es constante, interna y externa, sencilla y complicada, y da lugar á los fenómenos propios de ella que corresponden al orden psicológico y fisiológico, al orden de los fluidos y de la inspiración artística, al del sentimiento y de la inteligencia. El hombre tiene facultades religiosas apenas conocidas por la ciencia oficial, y se subordinan á ella para satisfacer sus necesidades y atracciones, sus impulsos y movimientos diversos, fuerzas y facultades de otro género. Entre los fenómenos que engendran estas combinaciones de fuerzas, están la *relación de ultratumba* expresada ya por los hechos manifiestos, ya por los hechos secretos de una providencia amorosa que se sirve de ella para atraernos á mejores vidas.

Que Jesús tuvo este comercio,

Que sus facultades eran poderosas,

Y su capacidad religiosa la superior que hubo en el mundo:

Son cosas que están fuera de duda.

Por lo tanto, admitidos estos hechos, la ciencia puede tomar una poderosa amplitud investigadora, si es lo bastante humilde para reconocer su pequeñez, y lo bastante prudente para no abdicar de su propia razón.

Y el Evangelio encuentra su poderoso baluarte en las leyes naturales, en la cooperación del mismo Jesús y sus angélicas legiones, que realizan una etapa del orden divino de nuestros destinos; orden en el que se oculta para el porvenir el deseado *Reino de Dios* por que suspira toda alma tierna y enamorada de lo verdadero y lo justo.

El HECHO EVANGÉLICO es muy complejo.

No se le puede juzgar sólo por la historia, porque la historia es incompleta; ni por la teología, porque nuestra teología es la A del Alfabeto universal; ni por las noticias que dan Filón, Josefo, el Talmud, Reville, Nicolás, Strauss, ó Littré, porque en estas fuentes hay mucha pobreza; ni se le puede juzgar por las confusiones cronológicas, lingüísticas, históricas, metafísicas ó literarias. El caos de estilos y de tradiciones; los errores de traducción; la aparición de documentos apócrifos; la existencia de evangelios hebreos y egipcios; las amalgamas de ideas; las incubaciones diversas de progreso; las analogías de presentimientos; la superposición de ideales; la aparición de la gnosis; la exégesis y las controversias; los escritos legendarios; todo era natural; pero en esto no está la raíz evangélica. *Su base está en las leyes de Dios y en la naturaleza humana.*

La transmisión del Evangelio está durando todavía.

Estamos empezando. Hay que repetir esto mil veces.

Pero concretémonos al tiempo de Jesús y á poco después, ó sea al siglo apostólico.

Para juzgar el *hecho evangélico*, es indispensable no sólo la letra en su parte política y literaria, sino la psicología social de entonces, los modos de inspiración y revelación de aquel tiempo y de los anteriores, las pasiones y demás pormenores de la antropología colectiva, las fábulas y leyendas, las corrientes simultáneas en sus grados y modos de la verdad revelada á otros pueblos, el estado de las sectas, los ideales y otra porción de circunstancias.

Si Jesús y los apóstoles inspirados por los espíritus, realizaron por sí sus gigantescas revelaciones, entonces estamos en camino de reconocer la verdad revelada. Si no fueron ellos quienes hicieron el acontecimiento y si nuestra naturaleza predispuesta á lo maravilloso, á lo ideal, á lo santo y puro, á lo perfectible, entonces esto acusa la existencia en nosotros de tal facultad innegable, y no puede admitirse en el orden científico, que haya necesidades impuestas por la naturaleza ó las leyes sin medios de realizarlas y objeto sobre qué realizarlas.

En todos los casos esas propiedades son naturalísimas al hombre.

Á estos terrenos es preciso elevarse al estudiar el Evangelio en los matices diversos que presenta en Jerusalén, Constantinopla, Nicea, Alejandria, Roma, en

Clemente y Orígenes, en la Reforma, el Renacimiento y en su infinita fecundidad moderna de Oriente y Norte.

Lo aconsejan los espíritus comunicantes y lo aprueba la conciencia, última autoridad relativa.

El Evangelio viene á refrescar de nuevo la ciencia y á asociarse á ella para fecundar el sentido filosófico y abrirnos caminos de exploración y medios seguros de tranquilidad en medio de la crisis por que atravesamos.

Esas corrientes misteriosas que realizan los comercios secretos de ideas en los pueblos, son corrientes del espíritu, no en masa confusa panteísta, sino en individualidades características y humanas.

Ellas, al rozarse con nosotros dan tono á las edades y siglos, sin que esto impida otros fenómenos y atracciones complejas que intervienen en las funciones históricas.

En el siglo de Jesús había idéntica efervescencia que entre los judíos galileos en otras sectas judías y paganas; en el siglo XIII había parecidas disputas entre musulmanes, judíos, griegos y siríacos; el siglo XIV fué de alegorías en Persia, Italia é India; el XVI es artista entre los mogoles, italianos y rabinos.

Otros siglos han sido caballerescos, bucólicos, monacales, proféticos, etc., en más ó menos grado.

¿Es sólo material la causa de estas modificaciones antropológicas? ¿Es sólo propia del hombre? En tales supuestos se mutila nuestra naturaleza, y se paralizan nuestras relaciones con el orden universal. Resulta el absurdo.

Ahora bien, el *hecho evangélico*, se viene desenvolviendo en, con, bajo, por, y mediante estas condiciones y facultades; y aunque vivamos prevenidos por los abusos, exageraciones, embaucamientos y **DESENGAÑOS MÍSTICOS**, no hay mas remedio que admitir la verdad.

Así se restablece la existencia de fuerzas desconocidas, pero reales, y el Evangelio toma nueva vida, superior en mucho á la cumplida.

La curación de los enfermos por Jesús, la influencia de su mirada, la existencia de los poseídos y convulsionarios y el poder del virtuoso sobre ellos, las tentaciones de espíritus malos, la acción magnética del maestro en diversas manifestaciones de poderoso efecto, vienen á la vida de la realidad al campo de la investigación, al enriquecimiento de la historia por el procedimiento de la ciencia que desafía á la crítica racional.

Si el Evangelio había ya sido elevado por el racionalismo más superior, que le consideraba en alguna rama de la Escuela de Hegel, como la religión absoluta por ser la religión más humana; la que adora en espíritu y verdad al Padre; la que pone el amor como objeto capital; la que une directamente el hombre con Dios sin ningún intermediario; la que más ilumina la conciencia y la de sus derechos; ¿cuánto no se elevará desde el momento que presenta tan vastos pano-

ramas y al mismo Jesús en espíritu descendiendo á la tierra, ó enviando el *Consolador Prometido*?

Ahora se comprende mejor que su iglesia es interior é invisible, pero al mismo tiempo que es el camino de la regeneración, la puerta de la dicha, el descenso del Reino de Dios á la Tierra, por la predicación del derecho y del deber y el imperio de la caridad y la justicia.

Antes no se entendían ciertos textos que ahora aparecen claros y lógicos, como por ejemplo la posesión futura de la tierra, por los mansos, la resurrección de Elías y otros mil.

La originalidad de Cristo vuelve á caer sobre nosotros, como rocío vivificador.

Sus corrientes magnéticas nos llenan de nuevo de entusiasmo.

Las atracciones en masa empujan á las falanges á luchar por su libertad y sus amores.

La norma de la vida pura y virtuosa tiene su demostración y su sanción.

El *Sermón de la Montaña* admira de nuevo al mundo.

Y lo mejor que tenemos se lo debemos á Cristo.

¡Derrama, oh gran espíritu, tu inspiración sobre nosotros! ¡Que los siglos te canten! ¡Que los corazones se abrasen en los raudales de tu amor inmenso!

¡Más bello y sonriente que nunca te ve el alma ofuscada!

El Evangelio del Espiritismo aliado á la fe y á la ciencia es el progreso más gigantesco de la humanidad, porque disipa mil vaguedades y mil confusiones.

Es un sol brillantísimo.

Los críticos exponen los actos más humanos de Jesús; dicen que tuvo fluctuaciones, temores, y alguna ligera duda, que pronto dominaba su naturaleza superior; que padeció errores juzgado por el presente en concepto de economía política, familia ó vida; que no se proclamó Dios á sí mismo; que nació como los demás hombres y tuvo hermanos; que engendró una violenta reacción espiritualista; y dijo cosas en cierto modo extrañas. Pero á renglón seguido esos críticos se ven subyugados por la grandeza de su moral, y le llaman hijo de Dios, no admitiendo nada más allá del *Sermón del Monte*.

Estos procederes y vaguedades son propios de nuestro periodo de transición. El Evangelio de los Espíritus disipa todas las tinieblas; armoniza, corrige, suaviza, razona, convence y atrae.

Es necesario predicar espiritualidad á los materiales que son el gran número; y respeto á las leyes naturales al que pasó por la verdadera etapa cristiana.

Mas en todo caso los intereses de la vida integral no pueden subordinarse á los de la vida terrena con olvido de los deberes generales del alma. Procedé, pues, la armonía de unos y otros, ó la identidad de fines según ley.

Para llegar á comprender esto hemos necesitado que las generaciones

suavizaran sus pasiones, que se esclareciera la inteligencia, que se domara la voluntad en el yugo de las virtudes, en la abnegación, el sacrificio, la humildad y el amor.

Razas diversas de espíritus exóticos se mezclaron con las razas indígenas en los pasados siglos.

Inmigraciones y emigraciones de pueblos y planetas hacían de la tierra un mundo de guerras y desolación, y Jesús vino á enseñar los poderosos dominios de sí mismo, el triunfo de la voluntad en medio de los atractivos de la materia, el camino del progreso y la lucidez del alma, la posibilidad del heroísmo.

Tras de él habian de imitarle millares de almas tocadas por el dedo de Dios al arrepentimiento. Su función, pues, tuvo y tiene su razón lógica. ¿Cuántas almas no hay todavía en el estado de su venida y más inferiores aún?

El conmovedor espectáculo del Gólgota; la ternura inmensa del Galileo; la piedad infinita de sus más lúcidas revelaciones, son y serán una epopeya sublime, un recuerdo imperecedero que acrecentará más y más el amor de los hombres á Jesús.

Jesús no fué Dios, fué hombre. Más allá de la Montaña existirá el progreso. Su doctrina no es la absoluta. Pero en vez de quejarnos de todo esto debemos dar gracias por tanta ventura.

Porque nuevos efluvios lloverán sobre nosotros.

La maravilla es lo posible y está en nuestra naturaleza.

La gloria se acrecienta á medida que avanzamos.

Las promesas se cumplen. *Jesús está con nosotros.*

La letra pierde cada vez más su importancia.

El hombre de la sinagoga marcha al pasado.

El corazón es el oráculo de los amores.

El fin del mundo subversivo ha de llegar por la constante destrucción del mal y venida del bien.

La inspiración, la profecía, los presentimientos, los sueños, el alcance de miradas al interior de los corazones y pensamientos, renacen poderosos y evidentes, abriendo un mundo de maravillas antes secretas.

Los pasajes de *moral extraña* se comentan y explican, con las malas traducciones, con la interpretación del pensamiento ageno, y en último resultado por las limitaciones humanas; pero esta nueva humildad descendida de la altura es tan abrumadora en grandeza que nos deja abrasados de amor, disfrutando anticipada la vida feliz.

Es el hombre como un prisma diáfano y transparente que refracta la luz divina de mil modos. La elaboración en el trabajo y el amor aclaran ese cristal. Jesús fué el primer maestro de esa elaboración; su purificación regeneradora era docente, porque atesoraba en sí la experiencia de su progreso cumplido en vidas anteriores.

Con esa enseñanza hemos aprendido á transformar las naturalezas relativas, á desgastar la herrumbre del egoísmo, á aumentar nuestra transparencia y por estos ejercicios sabemos científicamente que la difusión y paso de la luz moral por y á través de las almas está en razón directa de su adelanto en la cultura intelectual y las virtudes. Porque la ciencia esclarece la razón y la virtud es el equilibrio, el ensayo de las armonías, el camino por la ley. Todo esto son teoremas de la ciencia moderna.

Á Jesús manifestándose en el tiempo debemos los conceptos más elevados de la religión y de la vida religiosa.

No se puede negar el sentimiento religioso; no se puede negar la luz de la propia razón; ni la concepción de la santidad progresiva; ni la relación de lo infinito en lo finito; ni la compenetración de la esencia universal que mora en todo sér; ni la idea porque nos vemos dependientes de Causa y Ley; ni el arrastre que nos produce el orden universal; ni libertad, conocimiento, deseo ó temor, efectos parciales de lo misterioso; ni la necesidad religiosa, que es sed devoradora del bien. Así es que los dioses no se van: antes los dioses vienen; entendiendo por dioses las almas libres de los espacios, que nos traen mensajes de infinita luz.

La filosofía que niega la religión eterna no es filosofía, sino una perturbación pasajera de facultades mal educadas.

¿Y qué puede una conciencia sobre otra conciencia, cuando la que afirma tiene la autoridad propia acorde en las atracciones universales?

La imposición poderosa de una idea, ya provenga del ateísmo, ya del fanatismo, es escarnecer la razón, deprimir la libertad. El Cristianismo ha roto esos despotismos y esas esclavitudes. No se progresa por las obras ajenas.

Para que haya religión en nosotros es preciso sentir sus efectos. La salvación consiste en fabricarnos el cielo en los corazones.

Ante tal idea *la letra mata, el espíritu vivifica.*

Cristo, el fundador de la pureza del corazón, de la fraternidad y caridad universales, quiso antes, y quiere ahora que todos los hombres entren en la religión del espíritu.

Por eso sin duda Dios ha consentido que razas no cristianas invadan y dominen el territorio santo; que se pierdan en gran parte las huellas de aquellas ciudades donde predicó Jesús; y que hoy al rededor del sepulcro del justo se agrupen coptos, maronitas, judíos, mahometanos, idólatras y griegos de diversas sectas, con latinos y filósofos y con peregrinos de todos los países.

MANUEL NAVARRO MURILLO.

(Continuará.)

EN EL XIV ANIVERSARIO DE LA DESENCARNACIÓN DE ALLAN-KARDEC ⁽¹⁾

Veinte años há, ni de nombre era apenas conocido Allan-Kardec en España, contándonos en reducidísimo número los que estábamos familiarizados con las obras del apóstol del Espiritismo y suscritos á su *Revue d'études psychologiques*, obras y Revista que con sigilo y como furtivamente adquiríamos en el establecimiento que en la Plaza Real de Barcelona tenía el barón de La Châtre.

La intolerancia religiosa acababa de hacer uno de sus anacrónicos autos de fe, quemando con ostentoso aparato en la capital del Principado, los libros de Allan-Kardec.

¡Designio providencial! Las numerosas ediciones de aquellos libros que en la lengua de Cervantes han extendido la idea espiritista por la España y por la América, donde se habla el castellano, han salido precisamente de Barcelona. Diríase que la imprenta, el poderoso agente conductor de la civilización y el progreso, había querido lavar así la mancha echada por el fanatismo y la intolerancia sobre una de las poblaciones que marchan á la cabeza del moderno renacimiento científico y literario en nuestra patria.

Merced á ese incansable gemir de las prensas de Barcelona, que editan además varios periódicos espiritistas, no existe hoy población de alguna importancia en España, donde no hayan penetrado los libros de Allan-Kardec y que deje de tener su círculo espiritista, sino público, privado, ó cuando menos partidarios aislados de la doctrina que aquél recopiló.

Las actuales circunstancias políticas no permiten hacer completa ostentación de las ideas filosóficas y las creencias religiosas opuestas al catolicismo romano, como sucedía bajo el régimen democrático; por eso no aparecen á la vista ni se tocan los resultados de la activa propaganda hecha de veinte años acá.

Pero la semilla está arrojada; incesantemente va echando hondas raíces, y la lozanía del campo espiritista podrá apreciarse cuando sea un hecho la libertad de conciencia, base de todas las libertades que proclama la democracia.

Los gérmenes están bajo la tierra; dejad que pase la fría estación del eclipse de la libertad, y veréis, cuando renazca la primavera democrática, cómo crece la planta, se desarrolla y florece, para mostrar su abundante y sazonado fruto en el otoño del progreso.

Si la falta de estabilidad y de confianza en las situaciones políticas ahuyenta

(1) Este artículo se quedó compuesto el mes anterior que debió continuarse en la página 100.

los capitales y los retrae de las empresas comerciales, la falta de libertad y la desconfianza, cuando aquella se otorga como merced, no como derecho, oprime el pensamiento, coarta la propaganda y esteriliza los campos de las ideas.

He ahí por qué no muestra hoy la propaganda de nuestra doctrina el esplendor de aquellos tiempos en que había establecido un gran Centro en Madrid (del cual se conserva el fuego sagrado en la «Sociedad Espiritista Española»), á donde concurrían desde el humilde obrero hasta los altos dignatarios del Estado; que tenía constantemente abierta discusión con todas las escuelas; que sin cesar daba á luz publicaciones espiritistas además de su órgano mensual que aún vive; y contaba por entonces tal número de valiosos elementos, que en todas partes mantuvo enhiesta la bandera espiritista, llevando al Ateneo y otras academias la discusión, y disponiéndose á sostenerla en las Cortes, después de haber presentado al Congreso la célebre proposición pidiendo que en las Universidades sustituyese la enseñanza del Espiritismo á la de la Metafísica, proposición que no pudo sostener el Sr. Navarrete, encargado de defenderla, por haberse cerrado las Cortes de la República.

Cayó ésta, oscureciéronse las libertades y con ello hubo de tomar otro carácter la propaganda espiritista; forzoso le fué limitarse á la acción privada, íntima, de las asociaciones autorizadas por la ley y los grupos familiares, auxiliados por algunas publicaciones periódicas.

Barcelona, Valencia, Zaragoza, Alicante, Sevilla, Cádiz, Valladolid, Santander, Lérida, Córdoba, Tarragona, Huesca, Almería, Cartagena y tantas otras poblaciones que contaban sociedades espiritistas y secundaban animosamente el movimiento que partía de Madrid y Barcelona, con especialidad, relacionándose al propio tiempo con los principales centros espiritistas extranjeros, hubieron también de replegar banderas, dando á su propaganda el carácter antes marcado, y esperando mejores tiempos para la pública difusión de las ideas.

Algo favoreció el cambio político realizado al subir un nuevo partido al poder, pues aunque sus hechos no correspondieron á las promesas, respiráronse algunas auras de libertad, y con ellas parece como que ha empezado á hacerse ostensible nuestra propaganda, que necesita empero toda la libertad que perdimos.

Diríase que perdieron sus alientos nuestros primeros adalides; así parece lo proclaman las apariencias; pero nada más las apariencias, porque en todos aquellos existe la misma profunda fe que antes, el mismo entusiasmo por la noble causa, la misma voluntad para trabajar por el triunfo de los acariciados ideales, y la misma decisión para no retroceder ni aun ante el sacrificio, si este puede ser útil á la propagación del Espiritismo.

Se equivoca lastimosamente el que otra cosa crea; el tiempo y las individualidades á quienes pudieran referirse, se encargarán de demostrarlo.

El que con estas manifestaciones se asocia á la solemnidad que celebran los

hermanos del círculo *La Paz*, de Barcelona, con motivo del aniversario de la desencarnación de Allan-Kardec, si pudiera estar comprendido en aquella alusión, no por contarse entre los primeros adalides del Espiritismo, pero sí entre los que con mejor voluntad y buen deseo han consagrado su existencia planetaria al estudio y propagación de la sublime y consoladora doctrina; el que esto escribe, aprovecha la ocasión del aniversario que conmemoramos los espiritistas —XXXV de la divulgación del Espiritismo en América y XIV de la desencarnación de su gran apóstol— para contestar á los que de su inquebrantable fe y completa adhesión á la idea hayan dudado, y para significar el más sincero testimonio de agradecimiento á los hermanos en creencia que reiteradamente han manifestado vivos y alentadores deseos de verle otra vez entre el ejército de vanguardia, en las trincheras donde haya que defender la redentora idea.

Si las circunstancias generales que á todos nos han rodeado, y las particulares que hubieron de determinar un voluntario y temporal retraimiento, no abonasen la conducta y explicasen el paréntesis ya cerrado, haciendo por completo innecesaria la ratificación (que sería personalmente ofensiva) de fe espiritista, habría de confesarse incurso en la mayor de las ingratitudes el que después de deber inmensos beneficios de orden moral á la doctrina espiritista, alcanzó la inefable dicha de verla comprobada por las insólitas manifestaciones de los Espíritus, por los extraordinarios y sorprendentes fenómenos que durante más de dos años consecutivos tuvo ocasión de estudiar, comprobar y admirar; fenómenos sorprendentes hasta para el espiritista que había presenciado y conocía muchísimos del orden que antes se consideraba milagroso ó sobrenatural, y nuestra ciencia ha incluido en el catálogo de los que se rigen por leyes de la Naturaleza.

Ni se ha entibiado, pues, la fe de los espiritistas, ni ha disminuído su número en España; antes al contrario, aquella se conserva siempre ardiente, y este crece constantemente, aunque no en modo tan ostensible como cuando las circunstancias eran propicias para la propagación de la idea que ha veinte años apenas era conocida en nuestra patria, y hoy cuenta varios periódicos, muchos centros de estudio, numerosísimos grupos familiares y miles de adeptos que solemnizan el aniversario del 31 de Marzo, tributando el homenaje del más vivo agradecimiento al maestro Allan-Kardec, y esperando confiadamente que el Espiritismo, creencia de la minoría en la actualidad, será la fe predominante en los siglos venideros.

¡Loor á Allan-Kardec, el primer recopilador y gran propagandista de la racional y consoladora doctrina que en su frontispicio ha escrito: *Inmortalidad del Espíritu; Pluralidad de Mundos y de existencias; Solidaridad universal; Progreso indefinido; Hacia Dios por la Caridad y la Ciencia!*

EL VIZCONDE DE TORRES SOLANOT.

Huesca, 31 Marzo 1883.

EL POSITIVISMO ESPIRITUALISTA

Dos palabras á los espiritistas.—Aspecto científico del Espiritismo.—Positivismo espiritualista.—Fuerza inteligente.—La teoría espiritista expuesta por Allan Kardec.—Los fenómenos psico-físicos comprobados destruyen el milagro y lo sobrenatural.—El empirismo de la Magia elevado á ciencia por el Espiritismo.—Destrucción del materialismo con la demostración física de la existencia del alma.

Pagar una deuda de gratitud contraída con mis hermanos los espiritistas, y cumplir una obligación de conciencia, nacida del deber de dar explicaciones del temporal retraimiento que me alejó de la vida de activa propaganda del Espiritismo durante los dos últimos años, parece que se imponen como exordio al dar ostensible muestra de haber vuelto á mis habituales tareas.

Dos palabras para ello, porque tienen escasisima importancia los asuntos puramente personales, al lado de las grandes ideas que, como la que representa el Espiritismo, revisten el carácter de regeneradoras de la humanidad y afectan á los intereses generales de la ciencia.

Queda consignado el testimonio de agradecimiento á los hermanos que repetidamente han significado su deseo de verme otra vez entre los obreros propagadores de la racional y consoladora doctrina, y, sobre todo, á las que con sus consejos, su adhesión y sus alentadoras frases, animaron al grupo espiritista titulado «Marietta» y al «Centro» que bajo mi presidencia funcionaba en Madrid, para atravesar aquellos días borrascosos (que sin duda merecíamos cuando los sufrimos) sin perder, antes bien acrecentando, la fe y la esperanza en nuestros sublimes ideales.

Y agradecimiento también, por lo que nos hicieron sufrir, para aquellos otros hermanos que si bien no dudaron de nuestra buena fe y nobles propósitos, pusieron en tela de juicio la realidad de hechos suficientemente comprobados y testimoniados, y nos creyeron juguete de sofisticación ó victima de alucinación. Si el amor es la gran palanca de elevación moral, el sufrimiento es el mejor medio de depuración, y ambos caminos conducen al mismo fin: al progreso del espíritu.

Poco más ha de añadir el que tuvo la honra y la inefable dicha de fundar y dirigir el grupo «Marietta», á lo manifestado por él mismo y por los miembros dispersos residentes en Madrid, con motivo de la velada que dedicó el 31 de Marzo á la memoria del inolvidable maestro Allan Kardec, el grupo «La Paz» y ha publicado la REVISTA.

Un fraternal recuerdo de agradecimiento también, unido á la expresión de

doloroso sentimiento por las causas que expatriaron á la que fué «Medium de las Flores» y sus allegados. Condolémonos de la desgracia y el infortunio que persiguen á la familia que tuvo el singular privilegio de contar uno de los más poderosos mediums de nuestra época, y lamentemos la desdicha de que se malograsen, por el momento al menos, los frutos grandiosos que el grupo «Marietta» esperaba de sus trabajos de tres años, para la ciencia espiritista.

Sin haber perdido la esperanza de reanudarlos, con el mismo ó con otros mediums, y mientras llega la ocasión de terminar la Memoria en que comenzamos á dar cuenta de aquellos trabajos, recopilando y ordenando los extensos apuntes que conservamos, ellos nos darán mucha luz para la serie de artículos que sometemos á la consideración de los lectores de la REVISTA, bajo el epígrafe «El positivismo espiritualista», inspirados por la lectura de los que ha publicado el doctor Chazarain en la revista de París *Le Spiritisme*, con el título: «Prueba de la realidad de los fenómenos espiritistas. Los aportes y su explicación.»

Bajo tres grandes aspectos se nos presenta el Espiritismo: como doctrina, como filosofía y como ciencia de experimentación.

Esta ciencia, que ha de causar una profunda revolución en todos los conocimientos, así del orden físico como del orden moral, puede constituir un estudio independiente de la creencia y la práctica de la doctrina, esto es, de lo esencial y fundamental del Espiritismo.

Á ese concreto orden de estudio, nos permitimos denominarle «Positivismo espiritualista», porque prescindiendo de todo principio metafísico, de toda doctrina derivada de la enseñanza de los Espíritus, y hasta del nombre de espiritista, se limita á investigar los hechos positivos de *la fuerza inteligente* allí donde se la ve imprimir movimiento, ó producir manifestaciones que salen de la esfera de los hechos estudiados y aun de las leyes conocidas, es decir, del cuadro sistemático de las ciencias que se ocupan de la diversidad de fuerzas que obran en la naturaleza.

Bajo tal concepto han estudiado los fenómenos espiritistas, sometiéndolos á la experimentación rigurosamente científica, en Inglaterra, Crookes, Cox y Wallace, de la Academia Real de Londres; en Alemania, Zöllner, Fechner y Weber, profesores de la universidad de Leipzig, y en Europa y América otros sabios, para atestiguar todos ellos la realidad de las manifestaciones que delatan la existencia de una nueva fuerza, denominada por Cox la *fuerza psíquica*.

Han tomado, pues, carta de naturaleza en los dominios del mundo común científico esos fenómenos. Las religiones los han considerado siempre como sobrenaturales, atribuyéndolos ora á Dios que deroga las leyes universales para hacer el milagro, según aquellos dicen, ora al poder diabólico, al padre de la magia, la

hechicería y ciencias ocultas; los sabios no espiritistas que sobre ellos han hecho investigaciones, se inclinan á suponerles producto de lo que llamaron fuerza psíquica, y el Espiritismo los explica satisfactoriamente dentro de las leyes y teorías que expondremos y examinaremos á la luz de la crítica científica.

Hanse considerado hasta ahora en dos agrupaciones completamente distintas, apartadas por insuperable barrera, las ciencias físicas, ó de la materia, y las ciencias psicológicas, ó del espíritu; pues no está aún bien delineado ese sintetismo superior que abarca el conocimiento íntegro—dentro de nuestra relatividad—de la naturaleza, ó sea del conjunto armónico que forma el orden de la creación.

Al traer el Espiritismo al campo de las investigaciones un nuevo elemento de estudio, el principio inteligente y la suma de fuerzas de las inteligencias, de donde se deriva el hecho de la comunicación espiritual, viene á fundar aquel sintetismo superior, que hoy solo entrevé la ciencia como aspiración legítima ó como realizable presentimiento.

La necesidad del análisis llevó al divorcio, á la separación del mundo material y el mundo espiritual, dando lugar á las eternas divisiones de escuelas antitéticas que parecían destinadas á no fundirse jamás; pero del fondo de los exclusivismos han brotado siempre verdades que formaron el cuerpo de la ciencia, aumentando el contingente de conocimientos legado sucesivamente por unas generaciones á otras, viniendo, en una palabra, á promover y facilitar todos los progresos realizados.

Á este propósito decíamos en nuestros *Preliminares al estudio del Espiritismo* (1872): «Hemos llegado á un punto en que precisa destruir los exclusivismos, en que la síntesis debe recobrar su legítima importancia, y el análisis debe ocupar su oportuno lugar; hemos llegado á un punto en que el hombre, ese lazo de unión en nuestro planeta entre los dos mundos, el mundo material y el mundo moral, el mundo sensible y el mundo racional, el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, valiéndose de sus dos grandes potencias, de la razón que le descubre el mundo moral y de la sensación que le comunica con el mundo material, haga sus incursiones sobre uno y otro, aplicando la razón para reconocer á Dios, la conciencia para estudiarse á sí mismo y la sensación para estudiar el no yo, la naturaleza y los objetos exteriores. Ya sirviéndose de la razón ó de la sensación, ya aplicando la experiencia y la observación de los hechos sensibles, ya valiéndose del método inductivo ó del deductivo, el Espiritismo abarca toda la esfera de los conocimientos humanos y fija principalmente sus miradas en el porvenir, trayendo al campo de las investigaciones un elemento de estudio que le da el carácter de *ciencia nueva*.»

Ella nos llevará al anhelado sintetismo, y destruirá los exclusivismos y antagonismos de las escuelas, que no tendrán razón de ser desde el momento en que unas y otras convengan, como tendrán que convenir, en la existencia del princi-

pio espiritual ó inteligente, revelado por la razón, demostrado por la conciencia y comprobado por la sensación á un mismo tiempo.

Fuera del hombre no se había estudiado hasta ahora ese principio y sus fuerzas desconocidas, pero los fenómenos extraños que hacia el año 1848 llamaron la atención en los Estados-Unidos y luégo pasaron á Europa para sentar las bases del Espiritismo, probaron con evidencia que aquellos fenómenos ó hechos inteligentes reconocían como causa una inteligencia, porque *si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente*.

Aquellos hechos que en otro tiempo se miraban como sobrenaturales y se atribuían á la magia y á la brujería, fueron estudiados con recto sentido y solícito afán por Allan Kardec, y con la teoría espiritista, con la enseñanza de los Espíritus, se dió la clave de ellos, averiguándose cómo se producían y colocándoles en el orden de los fenómenos naturales, según aquella teoría que se apoyaba en bases positivas y racionales.

Sentáronse entonces los fundamentos de la nueva ciencia basada en la existencia de los Espíritus, comprobada por hechos físicos y pruebas materiales que corroboran la verdad de la teoría, elevándola á la categoría de principio demostrable y demostrado.

Súpose con la misma certeza que el positivismo materialista asienta sus verdades demostradas, que el Espíritu no muere al dejar el cuerpo material ú organismo por el que se manifiesta en la vida terrestre, cuando ésta termina y aquél se descompone. Súpose que los Espíritus al dejar su envoltura corporal, pueblan el espacio, nos rodean y se comunican con nosotros reconociéndoles por señales incontestables. Púdoseles seguir, como dice Allan Kardec, en todas las fases de su existencia de ultratumba; y se supo, por fin, que no eran seres abstractos, inmateriales en el sentido absoluto de la palabra; que tienen una envoltura á la que damos el nombre de *perispiritu*, especie de cuerpo fluidico, vaporoso, diáfano, invisible en estado normal; pero que en ciertos casos, y por una especie de condensación ó disposición molecular, puede hacerse visible y hasta tangible momentáneamente. Esta envoltura, que existe durante la vida del cuerpo, es el lazo de unión entre el Espíritu y la materia; muerto el cuerpo, el alma ó Espíritu no se despoja mas que de la envoltura grosera, conservando ó tomando del medio ambiente en que vive, la envoltura semimaterial que es el agente de los diferentes fenómenos, por cuyo medio manifiestan su presencia los Espíritus, dándonos una *demonstración física de la existencia del alma*. Á esas conclusiones llegó Allan Kardec después de una larga serie de experiencias, sentando las teorías espiritistas, no como un sistema preconcebido sino como el resultado de la observación, esto es, por los procedimientos del moderno positivismo.

Así al ocuparnos de los fenómenos más insólitos que estudia el Espiritismo, los aportes y la materialización ó apariciones tangibles, fenómenos del orden

psico-físico, que abren nuevos y dilatados horizontes á la ciencia, hemos titulado nuestro trabajo «Positivismo espiritualista,» porque abarca hechos positivos del mundo espiritual, cuyo estudio, destruyendo las supersticiones de la hechicería y de lo sobrenatural, ha elevado á la categoría de ciencia el empirismo de la Magia y las llamadas ciencias ocultas, como el estudio del mundo sideral elevó la Astrología á Astronomía, y el estudio de la composición de los cuerpos, del mundo de las acciones y reacciones de los átomos, elevó la Alquimia á Química.

La ciencia espiritista ha destruido para siempre lo sobrenatural y las pretendidas fórmulas mágicas, brujería, hechizos, talismanes, amuletos, etc., reduciendo los fenómenos posibles á su justo valor, sin salir de las leyes naturales.

Ha concluido el reinado del milagro, ya rechazado por la ciencia y por el sentido común; pero como ni la una explica ni el otro se da cuenta de ciertos fenómenos que traspasando algunas de las leyes conocidas parecen prodigiosos y como que escapan del cuadro de los hechos de orden natural, preciso es que se les dé una explicación racional y científica.

Á esto ha venido el Espiritismo que, como ha dicho Allan Kardec, *es la prueba patente de la existencia del alma, de su individualidad después de la muerte, de su inmortalidad y de su suerte verdadera; es la destrucción del materialismo, no con razonamientos, sino con hechos.*

De esos hechos, en sus más extraordinarias manifestaciones, vamos á ocuparnos haciendo ver que son *la demostración física de la existencia del alma*, y vienen á destruir el materialismo con las mismas armas y por los mismos procedimientos del positivismo materialista.

EL VIZCONDE DE TORRES SOLANOT.

ANITA ⁽¹⁾

Para renovación incesante de la vida unos vienen, otros se van; semejante vaivén perturba poco el orden social pero afecta profundamente el corazón de las familias, que en este misero mundo no es posible ni nacer, ni morir sin ocasionar

(1) La noche antes de escribir este artículo vi á Anita. Muchas veces la he visto bien en sueños; pero nunca la había visto despierta. La ví muy cerca de mí; iba de negro y llevaba mantilla; la rodeaba una claridad suficiente para hacérmela distinguir en la oscuridad; estaba casi de perfil y su ojo tranquilo y sereno miraba hacia arriba; toda su fisonomía reflejaba, no precisamente la felicidad sino una paz extraordinaria; se comprendía que su espíritu tenía el gozo íntimo de la conciencia, el cual transmitía á su figura, aun siendo ella misma, algo de sobrehumano. Admirada y atónita miraba yo á mi buena amiga sin saber siquiera qué pensar, cuando desapareció. Estuvo visible para mí unos tres minutos.

graves trastornos á los allegados del nacido ó del finado. La venida de un individuo se recibe generalmente con júbilo; la ida impresiona siempre tristemente y lega á la memoria un recuerdo más, recuerdo amarguísimo templado á menudo por otros mil que constituyeron el encanto de nuestra vida, los cuales si con mayor fuerza nos hacen sentir la pérdida de la persona amada, vienen á ser al mismo tiempo un placer en nuestro dolor. Así sucede en este mundo; al frío sudario de la tristeza acompaña cierta alegría indefinida, tras el brillante sol de la felicidad se oculta una nube que lo oscurece. Sugiérenos estas reflexiones la fecha de hoy que con su acostumbrada frialdad nos dice cómo hoy cumple un año de la desencarnación de nuestra querida Anita, la esposa de nuestro buen amigo, el director de esta revista, dejando á los suyos tan impresionados como sorprendidos por su fallecimiento casi repentino. Tenía Anita cierta intuición de su próximo fin y varias veces lo había anunciado á su familia; pero, llena de vida y sin achaque alguno que pudiese inspirar cuidado, todo parecía demostrar lo contrario de su pensamiento, de ahí la general sorpresa experimentada por cuantos la conocían.

Era nuestra buena amiga, mujer de gran corazón y de fe ardiente; esta última virtud le comunicaba un entusiasmo por el espiritismo que no la abandonó ni en los últimos momentos; descollaban entre sus muchas y grandes cualidades la abnegación y el sacrificio, rayando este último hasta el heroísmo; sabía olvidarse completamente para atender á los suyos y no había pena, ni trabajo que no se impusiera con alegría cuando se trataba de complacer á su esposo: bien es verdad que dejaba de quererlo para adorarlo y este acendrado cariño le hacía adivinar los menores pensamientos de su compañero y adelantarse á ellos. Es preciso haber vivido cerca de Anita como he vivido yo, tratarla tan íntimamente como la traté yo para apreciar en toda su extensión sus eminentes virtudes como mujer casada; nunca, por cansada que estuviera, la vi rehusar cualquier favor á su esposo; rendida muchas veces por las fatigas de la casa, sabía sacar fuerzas de flaqueza para atender á sus deseos; jamás la hallé ni enfadada, ni seria; no tuvo siempre para su compañero sino sonrisas, atenciones y caricias. ¡Cuánto me acuerdo de ella! Los incidentes diarios de la casa me traen á la memoria mil recuerdos gratos que nunca echaré al olvido; muchas veces he pensado que si Fray Luís de León hubiese conocido á Anita, le hubiera inspirado su magnífica obra, pues realizaba nuestra buena amiga el tipo que nos presenta el ilustre teólogo granadino en su « Perfecta casada ».

Todos cuantos hayan conocido á esta excelente mujer comprenderán que este elogio no es exagerado sino justísimo. Si como casada reunía Anita tales cualidades, no presentaba menos en el terreno de la amistad; era en extremo amable y su afable y jovial carácter le granjeaba el afecto de todos los corazones; bajo el punto de vista espiritista fué siempre el alma de la ruda tarea que se había impuesto su esposo, la propaganda; llena de entusiasmo por tan regeneradora idea

y admiradora profunda de todo cuanto hacía su compañero, aceptaba con gusto los sacrificios y los sinsabores de toda clase que entraña siempre la defensa de verdades nuevas; los mil disgustos que á su esposo proporcionó el ser propagandista y de los cuales participaba ella, no fueron nunca suficientes para hacerla cejar un momento; al contrario, animaba á su compañero, y si éste prestaba al espiritismo la vida de su vida, ella le transmitía el alma de su alma.

Tenía Anita varias mediumnidades y durante mucho tiempo fué el todo de las reuniones espiritistas dirigidas por su esposo, cuyos resultados servían para componer esta REVISTA que tantos aplausos ha obtenido, durante su larga carrera y más en el extranjero que en España, pues aquí, por la poca afición al estudio, pocos son los que han comprendido la ciencia nueva que dentro del mismo espiritismo daba este periódico y la alta filosofía que contenían sus páginas.

¿Qué más diremos sobre nuestra inolvidable Anita? Toda alabanza es poca y todo elogio, pálida pintura del natural. Sus últimos momentos fueron dignos de su vida; murió con la palabra perdón en sus labios, olvidó las ofensas de amigos y enemigos, no suyos pues no los tenía, sino del espiritismo, escuchando con santo recogimiento las oraciones que en voz alta se leían por ella, mirando á su esposo con amor y sentimiento, aquel que había sido durante diez y ocho años el objeto de sus afanes, y se marchó á mundos mejores llena de confianza en Dios y en el porvenir. Una cosa sola la acongojaba; ¿qué sería de su compañero? ¿Quién le reemplazaría sus caricias? ¿Qué solo y desconsolado se quedaría en el mundo! Así acabó los días de la tierra la mujer casada por excelencia, la que compartió con nuestro buen amigo las amarguras todas de su misión, alentándole continuamente para que en ella perseverara; hoy ha recibido sin duda el galardón prometido por Cristo á los trabajadores de la viña del Señor. No te diremos, pues, como suelen exclamar los que mezquina idea tienen del porvenir: «¡Descansa en paz!» Tu genio activo y emprendedor no se hizo para el reposo; continuará trabajando por la idea que profesaste, hermana querida; alienta siempre á tu esposo, préstale como siempre tu auxilio y acuérdate de los amigos que aquí dejaste y que nunca te olvidarán.

MATILDE FERNÁNDEZ DE RAS.

UN RECUERDO Á MI AMIGA ANITA DE CAMPOS

EN EL ANIVERSARIO DE SU TRANSFORMACIÓN

(5 DE MAYO DE 1883)

Anita: tú fuiste el dulce consuelo, la tierna compañera de tu esposo y para tus amigos y conocidos era encanto tu gracia y fiesta tu sonrisa; fuiste una preciosa flor viviente cultivada para dar vida y animación en los salones, donde la sincera

amistad se reunía en el seno de la confianza, para el estudio de la ciencia espírita.

Un año hace que dejaste tu envoltura terrestre, para remontarte en alas de tu fe, á regiones más serenas y grandiosas que la pequeñez de nuestra morada. La muerte, por ti prevista, vino ligera sin que se inmutara tu semblante. Serena y conformada desde los primeros momentos del peligro, ni un quejido, ni un solo suspiro que indicara sentir disgusto ante la fatalidad del plazo en que la vida terrena se extinguió, salió de tus labios, que sólo se movían paulatinamente para recitar una oración que te ayudara á desprenderse de la materia.

Segura, convencida de la existencia de un mundo mejor, que tantas veces pluguiera á Dios permitirte ver, haciendo uso de tus buenas cualidades medianímicas, tu alma iba soltando los lazos que la retenían para entregarse en brazos de los buenos espíritus que vinieron á recibirte y te habían precedido en el viaje. ¡Qué momentos tan sublimes, querida amiga, para aquilatar todo el valor de la educación espírita, de una filosofía, de una ciencia que tanto bien nos ha hecho á los que como tú hemos abrazado esta consoladora creencia!

Ni un momento dudaste ni podías dudar de la misericordia del Padre, y tranquila y serena esperaste á esa bienhechora que llamamos muerte, que acortase el estambre de esta vida de relación, de esta cadena que te retenía en esta penitenciaría hasta cumplir tu misión, tu expiación ó tu prueba. Feliz tú mil veces, espíritu querido, por más que esa felicidad haya tenido lugar dejando apenados y tristes tantos corazones como te eran simpáticos en este mundo, pues aun cuando sabemos que la ley así se cumple, viviendo y renaciendo, sentimos en nuestra alma el vacío que dejaste entre nosotros difícil de llenar, como no sea apareciéndonos en nuestros momentos de meditación, para que tu espíritu nos fortifique, nos aconseje y nos guíe en nuestros momentos de tribulación y mientras subimos este penoso calvario.

Adios, amiga mía; escucha este sincero recuerdo de quien te quiso en vida y te ama después de muerta. Corre hacia el infinito en alas de tu esperanza, elévate á Dios por tu fe razonada y con tu caridad inagotable, conquista amor y ciencia siempre creciente, aguardando nuestra unión contigo en el anchuroso mundo de la verdad y de la luz donde continuaremos siempre nuestra nunca interrumpida fraternidad.

ANTONIA AMAT DE TORRENTS.

Á LA MEMORIA DE MI HERMANO DEL ALMA JOSÉ ARRUFAT

Grande fué tu dolor, grande y profundo;
no sentiste morir, ¡oh infausta suerte!
¡Cuán desdichados son los que en el mundo
cifran sus esperanzas en la muerte!

Hace 19 años que escribí la estrofa que antecede á estas líneas pensando en mi madre, espíritu que sólo vino á la tierra para sufrir, y que pensaba de conti-

nuo en la muerte con melancólica esperanza; y hoy no titubeo en repetirlas pensando en ti, hermano mío, porque también has llamado á la muerte y la has considerado como el único consuelo, la has conceptuado como la felicidad, como la emancipación.

Miraste á tu alrededor y dijiste como el Dante á la puerta de su infierno: ¡No hay esperanza...! y efectivamente, en la tierra no la había para ti; se paralizó parte de tu cuerpo y sólo quedó en movimiento tu inteligencia. ¡Cuánto debiste sufrir! Tus ideas en ebullición constante formaban pensamientos y proyectos á borbotones, y al quererles dar forma con tu palabra, tu lengua permanecía muda, tus ojos hablaban con ese lenguaje desesperado que tiene la impotencia, tu diestra se levantaba al cielo, preguntando con tu expresivo ademán al que todo lo puede, por qué estabas condenado al suplicio de Tántalo, por qué funcionaba tu cabeza y permanecía inactiva tu lengua.

Aún me parece verte sentado en tu sillón rodeado de libros y de periódicos. Seis veces florecieron los almendros sin que tú pudieras entonar tus sencillos cantares á la joven de todos los tiempos, á la fecunda y encantadora primavera.

¡Cuánto debiste sufrir! Más de una vez pensaste en el suicidio, más de una vez pediste á los hombres científicos que te dieran un tósigo para poner término á tu agonía.

Tu penosísima enfermedad abatió tu espíritu, ¡pobre hermano mío! Pediste sin duda pagar una deuda, y no mediste la profundidad del abismo en que tenías que caer.

Vivir seis años sin hablar es un tormento horrible, conservando tus facultades sin deterioro alguno.

Siempre que iba á verte pedía á Dios que terminase tu condena.

Al fin llegó un día feliz; fui á tu casa y te encontré en tu lecho de muerte; el estertor de la agonía quería agitar tu cuerpo, pero éste estaba petrificado; tu garganta era la única que hacía esfuerzos desesperados y guturales gemidos se escapaban de tu boca entreabierta.

Sentada junto á tu lecho pasé todo el día, estudiando en ese libro inédito cuyo original va escribiendo la humanidad por entregas. Te llamaba de vez en cuando para ver si tu mirada me decía: Adios, ya me voy; pero nada pude leer en tus ojos velados por las sombras de la muerte. El movimiento de tus párpados me indicaba que me oías, pero no que me conocieras, pues de igual modo los movías cuando te llamaban los demás individuos de tu familia. Un hermano nuestro en creencias te visitó poco antes que yo, y me escribió sus impresiones diciendo así:

«Querida Amaña: vi á Arrufat dos días antes de morir, esto es, en la agonía. ¡Cuánto aprende uno viendo morir á un hombre! El maestro ó los maestros son: el que muere, y los que quedan; ese grupo que se forma en la casa mortuoria a

rededor de un cadáver, que nada dice, á pesar de ser un arca que encierra una historia que sólo se revela en la libertad de los espacios. ¡Qué camisa de fuerza lleva nuestro propio espíritu que no le es dado saber si el muerto ríe haciendo cara de muerto, ó si los vivos ríen llorando! ¡Qué es la vida! ¡qué es la muerte! ¡qué la amistad! ¡qué los vínculos de la sangre! ¡qué los contratos sociales de uniones civiles y canónicas! ¡qué es el mundo por fin...!!! ¡Nada, Amalia, nada, nada!!! Si el dulce placer que el alma siente al contacto amoroso de otra alma en los momentos de emancipación de esta corpórea vida, durante el sueño ó de otro modo, no viniese á templar la pena que nos ha de embargar necesariamente dentro de esta pestilente atmósfera, nuestro tormento sería peor que el de Tántalo, que todas las infernales invenciones del rabioso catolicismo. Yo no sé lo que me pasa á la vista de ciertos espectáculos; no me comprendo á mí mismo. Si me reconozco como hombre no soy el mismo; remontándome un centímetro por encima de este cuerpo que va perdiendo la forma, cuanto más examino mi modo de ser, veo más claro una trinidad en la tierra, una dualidad en el espacio, inseparable y eterna, y una inteligencia individualizada que me une á Dios, á la respetuosa distancia de millones infinitos de leguas, de mundos, de sistemas...!!! ¡Qué atraso es el nuestro! ¡qué estupidez! ¡qué ignorancia!!! Sin embargo, hay quien cree que después de morir aquí se sube al empíreo á encender cerillas á la trinidad, eso es, á Dios padre, á Dios hijo, á Dios espíritu santo.»

Las consideraciones de nuestro amigo han respondido á mi pensamiento; yo también al ver tu modo de morir tan fatigoso, tan angustioso decía: Si hay Dios, hay un más allá; este pobre sér que agoniza ha sido en la tierra un hombre bueno en toda la acepción de la palabra, sin proferir mentidas alabanzas; hijo humilde, esposo amante, padre amorosísimo y amigo consecuente; en lo más hermoso de la vida, se sintió herido por una enfermedad horrible; ha vivido muriendo seis años, pasando todas las torturas menos la miseria, y ahora para desprenderse de su envoltura, ni un momento de reposo, ni un instante de lucidez; muere atormentado, desesperado, todos sus pensamientos nacen y mueren en su mente sin poderlos transmitir á su familia.

Personas más ó menos afectadas rodean su lecho, y como el enfermo no habla, sin duda muchos creen que no oye, y los más indiferentes, en voz alta hacen cálculos de cuándo morirá el paciente, recomiendan la prisa que se ha de tener para preparar las negras tocas de la viuda, y todos estos diálogos y observaciones oyéndolos el enfermo sin demostrar su rostro la más leve conmoción, pero abriendo los ojos cuando le llamaban. ¿No es verdad que este modo de morir es horrible?

¿Merecía mi pobre amigo sufrir tanto? No; si no se mira más que su existencia actual fué un alma buena: ¿por qué tanta amargura para un sér que se complugo en el bien general y que hizo cuanto pudo por aliviar la triste suerte de los desgraciados?

Dios al parecer ha sido injusto, y en Dios no cabe la injusticia. ¡Pobre hermano mío! ¿Qué hiciste ayer? ¿Qué misterios encierra tu historia?

En grandes acontecimientos debes haber tomado parte; espantosas responsabilidades debes haber atraído sobre tu cabeza; debes haber hecho el mal complaciéndote en tu obra, pues sólo así se comprende que teniendo tan buenas cualidades hayas tenido que ser víctima de tan cruel enfermedad.

Abatida por tan encontradas emociones, te dejé dos horas antes que tu espíritu abandonara su envoltura; á la mañana siguiente volví á verte y ya te encontré en tu lecho mortuario, cubierto con un velo de crespón negro. Te miré fijamente, y entre tú y un personaje histórico cuyo retrato he visto no sé dónde, encontré un perfecto parecido; me alegré de ver tu cadáver, pero me causó pena verlo tan solo y recordando los versos de Becquer dije:

«¡Dios mío qué solos
se quedan los muertos!
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!»

Cuatro blandones arrojaban sobre tu cadáver esa luz dudosa que aumenta aunque parezca extraño el horror de las tinieblas. ¡Nadie velaba tu último sueño! Con fraternal cariño dejé en tu frente un ósculo de paz, el primero y el último que de mí recibiste en la tierra; tus lazos de familia estaban rotos por la muerte, ¡nada te ligaba ya á este mundo! Si en medio del dolor hay alegría, yo la experimenté cuando te ví separado de tu pobre cuerpo; bendije el instante que tu espíritu abandonó su sombría cárcel; mi alma se tranquilizó contemplando tus restos; ninguna sensación dolorosa los agitaba, tus sufrimientos habían cesado, pero no tu eterna vida. Confío y espero reanudar nuestras fraternales relaciones; pasará algún tiempo, no lo dudo, porque cuando el espíritu ha pasado una prueba ó expiación tan horrible, queda por muchos días aletargado, sumido en la postración; su convalecencia tiene que ser muy larga, larguísima, la razón natural lo dicta, porque cuando el alma se dé cuenta de la crisis que ha sufrido y vea cómo su cuerpo se disgrega, verá también la causa que ha producido tan lamentables efectos, y ante la eterna justicia, el espíritu pensador quedará atónito, y como tú sabías pensar, comprendo perfectamente que durante mucho tiempo vivirás para

ti mismo, sin ponerte en relación con tus amigos de la tierra; pero cuando te tranquilices, cuando la contemplación del infinito reanime tu abatido espíritu, entonces indudablemente te será grato comunicarte con tus seres queridos, y como yo sé que te merecía un verdadero cariño, confío que te acercarás á mí, y murmurarás en mi oído : « Hermana mía, ¡ Dios es grande ! ¡ Benditos mis sufrimientos , porque con ellos pagué una de mis muchas deudas ! »

Mientras llegue ese día, siempre que me sea posible preguntaré por ti, que afortunadamente no sé olvidar; te merecí un fraternal cariño, y en justa recompensa vivirás eternamente en mi memoria.

Adios, hermano querido,
al terminar tu agonía
¡ cuán grande fué mi alegría !
No la puedo describir.
Descanse tu pobre cuerpo
dentro de la triste fosa,
mientras tu alma generosa
despierta para vivir.

¡ Alienta, espíritu ! ¡ Alienta !
Ya no eres triste proscrito,
contemplas el infinito
¡ y es tuya la inmensidad !
Estudia en tu larga historia,
y al encarnar nuevamente,
serás adalid valiente
que luche por la verdad.

¡ Cuán grande es Dios ! ¡ Cuán hermosa
es la vida del mañana !
¡ Adelante, raza humana !
¡ Vamos del progreso en pos !
Luchemos con ardimiento
y tengamos esperanza .
¡ Avanza, espíritu ! ¡ Avanza,
que siempre te espera Dios !

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LAS ESTRELLAS

SOLES DEL INFINITO Y EL MOVIMIENTO PERPETUO EN EL UNIVERSO

(*Conclusión*)

De nuestra pequeña Tierra, toda sumergida en los rayos del Sol, nuestra vista está de tal modo organizada que, aun durante la noche más profunda, no vemos más de seis mil estrellas á simple vista. Si nuestra retina tuviese su sensibilidad acrecida en la proporción del ojo gigante del telescopio de Lord Rose, veríamos cuarenta millones de ellas. Es tal vez lo que perciben los indígenas de Neptuno.

Pero cuando nuestra vista está amplificada por un pequeño instrumento de óptica, unos gemelos de teatro, por ejemplo, distinguimos, á más de las estrellas de los seis primeros grandores visibles á simple vista, las del séptimo orden de brillo, que son en número de trece mil ellas solas. Un antejo de larga vista terrestre muestra las de octava magnitud, que son en número de cuarenta mil. Así aumenta el número de las estrellas á medida que se penetra más lejos, más allá de la esfera de acción de la visión natural. Un pequeño antejo astronómico hace descubrir las estrellas de novena magnitud, cuyo número pasa de cien mil. Y así consecutivamente. Un antejo ó un telescopio de mediana potencia descubre las estrellas de la décima magnitud, que son en número de cerca cuatrocientas mil. Aquí ya es prodigioso el espectáculo; deslumbrador. La progresión continúa. Pueden estimarse en un millón las estrellas de la oncenava magnitud y á tres millones la de los astros de la duodécima. Según las pitométricas astronómicas hechas para sondear el espacio, el número de las estrellas de la décima tercera magnitud no se eleva á menos de diez millones, y el de las estrellas de la decima cuarta, no baja de treinta millones. Si sumamos todas estas cifras, encontramos para el total de las estrellas hasta la décima cuarta magnitud inclusive, el número ya difícil de concebir de cuarenta y cinco millones.

Pero esas no son todas las estrellas. Ya los poderosos telescopios contruidos en estos últimos años, han penetrado las profundidades de la inmensidad bastante lejos para descubrir las estrellas de la décima quinta magnitud, y la estadística estelar se eleva actualmente á cien millones (la Vía Láctea encierra ella sola diez y ocho millones)... Las cifras llegan á ser desde entonces tan enormes, que nos aplastan con su peso sin enseñarnos nada.

¡Cien millones de estrellas son diez y siete mil estrellas para cada una de las que vemos á simple vista! Ya no distinguimos ni constelaciones ni divisiones; un polvo fino brilla allá donde el ojo, dejado á su solo poder, no veía más que una oscuridad negra sobre la cual resaltaban dos ó tres estrellas. Á medida que los maravillosos descubrimientos de la óptica aumentarán nuestra potencia visual,

todas las regiones del Cielo se cubrirán de esa fina arena de oro, y vendrá un día en que la mirada asombrada, elevándose hacia esas profundidades desconocidas, encontrándose detenida por la acumulación de estrellas que se suceden á lo infinito, no encontrará delante de ella más que un delicado tejido de luz.

Pero esto todavía no es más que nuestro universo visible. Allá donde se detiene la potencia telescópica, allá donde decae el vuelo de nuestras investigaciones extremas, la naturaleza, inmensa y universal, continúa su obra; el telescopio nos lleva al infinito y *nos deja en él*.

El espacio no tiene límites. Cualquiera frontera que le impongamos con el pensamiento, inmediatamente vuela hasta esa frontera nuestra imaginación y mirando más allá, encuentra allí todavía espacio. Y aunque no podamos comprender el infinito, cada uno de nosotros siente, no obstante, que le es más fácil concebir el espacio ilimitado que concebirlo limitado, y que es imposible no exista *en todas partes*.

¿Queremos ensayar de sondear esas profundidades? Volemos hacia ellas; huyamos de la Tierra con la velocidad de la luz (75000 leguas de 4 Km. por segundo); arrojémonos en línea recta hacia un punto cualquiera del Cielo. Volamos durante tres años y seis meses antes de alcanzar la distancia del Sol más cercano. No nos detengamos. Continuemos durante diez años, veinte años, cien años, mil años este mismo viaje, con la misma velocidad de 75000 leguas por cada segundo. Sí; durante mil años, sin parada ni descanso, atravesemos, examinando de paso aquellos nuevos soles de todas magnitudes, hogares fecundos y poderosos, astros cuya luz relumbra y palpita; aquellas innumerables familias de *planetas*, variadas, multiplicadas, tierras lejanas pobladas de seres difíciles de conocer, de todas formas y especies, aquellos satélites de fases multicolores, y todos aquellos paisajes celestes inesperados; observemos aquellas naciones siderales; saludemos sus trabajos, sus obras, su historia; adivinemos sus sensaciones, sus costumbres, sus ideas; pero no nos detengamos. He aquí otros mil años que se presentan para continuar nuestro viaje en línea recta; aceptémosles, ocupémoslos; atravesemos todos aquellos montones de soles, aquellos lejanos universos, aquellas nebulosas que polvorean, aquella Vía-Láctea que se parte en girones, aquellos génesis formidables que se suceden á través de la inmensidad siempre abierta; no nos sorprendamos si soles que se aproximan ó estrellas lejanas llueven ante nosotros lágrimas de fuego cayendo en abismo eterno; asistimos al quebrantamiento de los globos, á la ruina de las tierras caducas, al nacimiento de nuevos mundos; sigamos la caída de los sistemas ante las constelaciones que les llaman, pero no nos detengamos! Todavía mil años, diez mil años, cien mil años de este vuelo, sin decaimiento, sin vértigo, siempre en línea recta, siempre con la misma velocidad de 75.000 leguas por cada segundo. Concibamos que boguemos así durante un millón de años... ¡Estamos en los confines del Universo

visible? He aquí inmensidades negras que es menester atravesar... Pero allá abajo nuevas estrellas se encienden en el fondo de los cielos. Tirémonos hacia ellas; alcancémoslas. Nuevos millones de años, nuevas revelaciones; nuevos esplendores estrellados, nuevos universos, nuevos mundos, nuevas tierras, nuevas humanidades!... ¡Y qué! ¿Jamás fin? ¿Jamás horizonte cerrado? ¿Jamás bóveda? ¿Jamás cielo que nos detenga? ¿Siempre el espacio, siempre el vacío? ¿En dónde estamos pues? ¿Qué camino hemos recorrido?... ¡Ah! que comprenda bien el resultado final de este interminable viaje quien tenga abierto el entendimiento... Hemos llegado... ¿dónde? ¡Al *vestíbulo de lo infinito*!... En realidad no hemos avanzado *de un solo paso*! No estamos más aproximados de un límite que si no nos hubiésemos movido; podríamos volver á empezar el mismo curso á partir del punto donde nos hallamos, y añadir á nuestro viaje otro viaje de la misma extensión; podríamos añadir los siglos á los siglos en el mismo itinerario, con la misma velocidad, continuar el viaje sin fin ni tregua, podríamos dirigirnos hacia cualquier punto del espacio; á derecha, á izquierda, hacia adelante, hacia atrás, á lo alto, á lo bajo, en todos sentidos; y cuando después de siglos empleados en esta vertiginosa corrida, nos detuviéramos fascinados ó desesperados delante de la inmensidad eternamente abierta, eternamente renovada, todavía reconoceríamos que nuestro vuelo secular no nos ha hecho medir la menor parte del espacio, y que no estamos más adelantados en nuestro punto de partida. El centro está en todas partes, la circunferencia en ninguna. En este infinito, las asociaciones de soles y mundos que constituyen nuestro universo visible no forman más que una isla del archipiélago, y, en la eternidad de la duración, la vida de nuestra humanidad tan fiera, con toda su historia religiosa y política, la vida de nuestro planeta todo entero no es más que el sueño de un instante!...

Y ahora, ¿cómo se sostienen en el espacio estos innumerables soles diseminados á distancias tan formidables los unos de los otros? Sostiénense sobre el equilibrio de la gravitación universal. Cada sol atrae á cada sol, y, hasta el infinito sin límites, se sienten todos á través de la inmensidad, reciben sus mutuas influencias, y corren por el vacío eterno llevados por la atracción de cada uno y de todos. Ningún átomo está en reposo en el inmenso universo. Lejos de estar fijas como lo parecen, estas estrellas están, por lo contrario, animadas de prodigiosas velocidades. Cada una de ellas es llevada por un movimiento rápido. Tal estrella se cambia de lugar en la esfera celeste en la cantidad igual al diámetro aparente de la Luna (31') en 265 años; tal otra en 300 años; tal otra en 400. Y estos diversos movimientos se efectúan en todos sentidos. Lo que nos hace creer en la inmutabilidad de los cielos es la brevedad de nuestra vida; nuestra impresión sobre este punto ha sido la misma que la de la pequeña libélula de estío, naciendo á medio día para morir á las dos horas; no podría imaginarse que se pondrá el Sol: para ella el día es eterno. Pero si nuestra memoria personal ó histórica se

extendiese en un transcurso de tiempo suficiente, el aspecto de los cielos perdería para nosotros esta inmutabilidad; asistiríamos á la dislocación gradual de todas las constelaciones; veríamos las siete estrellas de la Osa Mayor separarse lentamente unas de otras, dibujar en el espacio una cruz por de pronto (cincuenta mil años atrás), después un carro, dentro cuatrocientos ó quinientos siglos, dispersarse á lo largo de una línea quebrada; veríamos en Orión los Tres Reyes separarse para siempre de su provisional asociación, Proción acercarse á ellos, y la espalda izquierda del Gigante oscurecerse delante del Toro que avanza; veríamos los cuatro brazos de la Cruz del Sur caer cada uno de su lado. Estos movimientos vistos desde tan lejos nos parecen efectuarse con lentitud. Pero en realidad, ¡qué formidables proyectiles son todos estos soles lanzados á través del espacio! Nuestras balas de cañón son tortugas al lado de estas formidables velocidades. Nuestro propio Sol nos arrastra á todos, Tierra, Luna, planetas, hacia la constelación de Hércules; el Sol del Centauro, al contrario, se dirige hacia el Perro Grande. Sirio se aleja oblicuamente de nosotros á razón de 700.000 leguas cada día, 268 millones de leguas al año, 26,800 millones en un siglo,— y sin embargo, desde la fundación de las Pirámides, desde hace cuarenta siglos que tenemos los ojos fijos en ese astro espléndido, parece no haber disminuído su brillo! La estrella del Cisne llega hacia nosotros en línea recta, con una velocidad de 1,382.000 leguas cada día, más de 500 millones de leguas al año, ó 50.000 millones cada siglo! La bala, el obús cargado de metralla, lanzado por la explosión de la pólvora, se escapa de la boca inflamada del mónstruo con la velocidad ya terrorífica de 500 metros por segundo: un sol de la Osa Mayor, situado á cerca 85,000.000 de millones de leguas de aquí, atraviesa en este momento el Universo con una rapidez 600 veces mayor, á razón de *trescientos mil metros por segundo!*

Para el espíritu que supiera abstraerse de las condiciones estrechas de espacio y tiempo en las que vivimos aquí bajo, el Cielo perdería su silencio, su calma, su aparente inmovilidad. En lugar de estrellas, veríamos, como en un sueño, enormes soles, pesados, deslumbrantes, rodeados de tempestades, rodando sobre sí mismos, despidiendo á su alrededor los ensordecedores estrépitos del trueno, electrizando á lo lejos los mundos que ellos conducen á través de la inmensidad, corriendo, subiendo, bajando, cayendo, huyendo, precipitándose en todos sentidos, lloviendo en torbellinos fantásticos y derramando hasta el fondo de los cielos la actividad, el trabajo y la vida. No más muerte. Por todas partes el movimiento; por todas partes la luz, la transformación; por todas partes el despliegue de fuerzas gigantescas; en todas partes el desarrollo de una inagotable suma de energía, hasta el infinito extendida.

Y ahora, ¿qué es la Tierra y qué es el Hombre? Ante la mirada deslumbrada, estupefacta, del astrónomo terrestre, nacido ayer para morir mañana sobre un globo perdido en el hormigueo de los mundos, los universos estelares vuelan co-

mo torbellinos de polvo á través del espacio sin fin, durante la eternidad sin años, sin días y sin horas. Espectáculo grandioso y terrible, de seguro, porque nosotros pertenecemos á esta creación; que lo aceptemos ó lo rehusemos, formamos parte de este formidable conjunto; corremos con nuestro pequeño globo, á razón de 26,500 leguas por hora, ó 643,000 leguas por día, mientras que la Luna circula con velocidad al rededor nuestro, que Venus, Marte y Júpiter nos acompañan, y que el Sol nos lleva á todos hacia las estrellas de Hércules; y mientras que la misma Vía Láctea de la que nuestro Sol no es más que una partícula, se metamorfosea y transforma. El hecho mismo de nuestra existencia nos condena al irrevocable destino de estar asociados al perpétuo movimiento de las cosas. Que habitemos la Tierra, un planeta de Sirio ó la nebulosa de Orión, es todo uno. Estamos en el Cielo, en el infinito, en la eternidad, y jamás saldremos de ella. ¡Ah! sí por cierto; la Astronomía es sin duda la ciencia que más de cerca nos toca á todos personalmente. Es grave, á veces solemne, amedrentadora. ¡Pero cuán hermosa és! ¡Qué panoramas! ¡Qué esplendores! Arroja con profusión diamantes y brillantes pedrerías ante nosotros; la variedad rivaliza con la opulencia, y buena y compasiva diosa, para no deslumbrar nuestras miradas demasiado débiles, se hace invisible en la tranquila serenidad de los cielos. De hecho, para nuestras impresiones, todo está silencioso, todo está tranquilo. El movimiento de la Tierra es más dulce que el de la góndola deslizándose por las lagunas de Venecia; nadie jamás lo ha sentido, ni lo sentirá jamás nadie. Los soles están tan lejos que no hay para nosotros otra cosa que estrellas. Somos tan pequeños, que en nuestro nido terrestre podemos dormir y soñar sin temor, como el pájaro mosca oculto en una flor. La perla del rocío no atrae el rayo ni las tempestades. Una atmósfera de azul envuelve nuestra morada con un velo protector. El aliento perfumado del zéfiro introdúcese tiritando á través del follaje, y hasta cuando los árboles están despojados de su adorno, el paso del viento por las ramas parece ser todavía un soplo que respira. Arpa cólica del bosque sagrado, la naturaleza terrestre, humilde y modesta, está, ella también, penetrada de una divina armonía. Á la hora en que se esparce por los cielos la noche misteriosa donde miríadas de chispas encantan las etéreas alturas, nos parece que las estrellas, beldades del Cielo, se adormecen sonriendo en la tibia voluptuosidad de las noches orientales.

CAMILO FLAMMARIÓN. (De *L'Astronomie*.)

VARIEDADES.—SENTENCIAS Y AFORISMOS DEL SABIO KADOC

No hay hombre justo sin alegría externa.

No hay hombre injusto sin condena.

No hay hombre fiel sin seguridad.

No hay hombre culpable sin tristeza.

No hay hombre generoso sin conciencia alegre.

No hay avaro sin bagaje de inquietudes.

No hay industria sin corona.

No hay pereza sin aflicciones sin cuento.

No hay maldad sin desdicha.

No hay obediencia sin excelencia.

No hay ostentación sin grandes sacrificios.

No hay verdad sin victoria.

No hay mentira sin tristeza y sin vergüenza.

No hay justicia sin equidad que la rodee.

No hay injusticia sin otra injusticia que la circunde.

No hay prudencia sin excelencia.

No hay estupidez sin deterioro ó menoscabo.

Sólo el santo ganará al fin el cielo como recompensa de cada buena acción practicada durante su vida.

XI. — COSAS QUE ABORRECÍA CADOC.

Hé aquí expuesto claramente cuánto aborrecía Cadoc: al hombre que no ama á la patria que le sustenta: á un soldado vencido que no busca la paz: á un juez sin misericordia; á un abogado poco inteligente; á un pueblo sin ley que devasta y despoja; á un poeta silencioso; á un jefe de clan ó tribu imprevisor; el fomento de los vicios y el desapego ó apartamiento de la ciencia; la oposición y contestación entre compatriotas; á un juez avaro; á un poeta que combate; un mercado sin árboles; una nación sin religión; á un embajador infiel; á un avaro insaciable; una casa sin habitantes; una tierra sin cultivador; campos sin granos; un séquito sin orden; mantener la opresión; impedir la verdad; el desprecio de los padres; una disputa entre parientes; un país sin funcionarios; una escuela de difícil acceso; un método sin claridad; un camino incierto; una familia sin virtudes; las disputas de rechazo; las emboscadas y las traiciones; el fraude en el trono; un discurso sin reflexión; una alusión velada; un hombre sin oficio; una milicia sin libertad; un ataque sin premeditación; un sér sin principios; un falso testigo en un proceso; un juez sin benevolencia; el despreciar á los sabios; el honrar á los avaros; los cuentos largos y confusos; un saber sin genio; el desprecio del inocente; un país sin maestros; el hábito de la borrachera; al hombre sin conciencia.

CRÓNICA

Á los suscritores que no han cubierto sus abonos á la REVISTA, tanto de años anteriores como del corriente, les rogamos encarecidamente nos ahorren el trabajo y el consiguiente gasto que nos ocasionaría el tenerles que escribir particularmente para recordárselo. Para cubrir la suscripción hay el medio fácil de remitir á esta administración sellos de correos ó timbres móviles, como más les convenga. Los que no quisieran continuar, pueden avisarlo sin costarles un céntimo, devolviendo los números de la Revista sin quitar la faja con la sola indicación: «*Se devuelve por no querer continuar.*»

*, LECCIONES DE ESPIRITISMO PARA LOS NIÑOS.—Este interesantísimo trabajo de Mr. Bonnefont, traducido al español por J. M. F., se expende en la administración de este periódico, á 25 cénts. de peseta, franco de porte.

El pequeño volumen que anunciamos, lo consideramos grande en sus efectos, y quizás esta publicación interese tanto á la propaganda de nuestras ideas, como el que más de los que hoy conocemos. Se trata de infiltrar en el corazón de los niños las verdades que hasta hoy se han enseñado á medias, se han disfrazado, por conveniencia de los encargados de monopolizar las conciencias, ó no se han enseñado de ningún modo. El verdadero conocimiento de Dios, la existencia del alma y su eterna individualidad, la pluralidad de mundos habitados, las sucesivas y progresivas existencias, las penas y recompensas futuras, saber de dónde venimos, por qué estamos en este mundo y á dónde vamos, con una serie de reglas morales y sociales para saberse conducir en medio de una vida de tribulaciones; todo se le explica al niño de un modo fácil y comprensible por medio de estas 45 lecciones que se retienen en la memoria con facilidad.

Dejamos á la consideración de nuestros hermanos en creencia, la conveniencia y hasta la necesidad de que estas lecciones se propaguen y las adquieran particularmente los padres de familia.

Las lecciones espiritistas para los niños, juntamente con el Catecismo espiritista de J. H. Deturck, recomendable asimismo en todos conceptos, y que los dos se completan y son utilísimos á los que asisten á los centros ó reuniones espiritistas, se ofrecen juntos á nuestros suscritores, solo por 50 cént. de peseta.

*, El Catecismo Espiritista de Mr. De Turck, interesante y útil para los que asisten á los centros ó reuniones espiritistas, se expende á 50 cénts. de peseta el ejemplar.

*, El número de las publicaciones espiritistas tanto en España como en el extranjero aumentan todos los días admirablemente, y si pudiéramos dar razón de aquellas obras de fondo preparadas para editarse y proyectos de nuevos pe-

riódicos para publicarse, refiriéndonos sólo á las noticias que tenemos en nuestro centro de relaciones, ocuparía muchas páginas la lista de los nuevos títulos. Puede asegurarse que ninguna sociedad del mundo ha publicado en menos tiempo mayor número de libros y de títulos diferentes que los espiritistas, dejando aparte la especialidad de las sociedades Bíblicas dedicadas sólo á la propaganda de la Biblia.

* * La sociedad Bíblica de Nueva-York cuenta 66 años de existencia, ocupa un edificio de seis pisos y posee 12 máquinas de vapor que imprimen seis mil volúmenes cada día. Se calcula que cada minuto da una Biblia. Desde su fundación ha puesto en circulación más de 4 millones de Biblias, en sesenta idiomas diferentes.

* * Lagartijo y Frascuelo, estas dos celebridades tauromáticas, inaugurarán la plaza de toros que se ha construido en Tarragona, el día de Santa Tecla. Es lo único que le hacía falta á la Capital metropolitana, una plaza de toros para que fuera una capital á gusto de los tradicionalistas.

* * Un periódico de Gibraltar nos refiere el siguiente fenómeno que tuvo lugar en el mar:

«Hace algunas semanas que el vapor *Lima*, perteneciente á la navegación de vapores del Pacífico, escapó milagrosamente de ser destrozado por un meteoro que cayó en el mar muy cerca del buque. Hace poco sucedióle otro tanto al buque de guerra americano *Alaska*. El capitán Celknap, al informar al departamento de marina, dice, que el día 12 de Diciembre, pocos minutos después de la salida del sol, oyóse un gran ruido como si se desprendiera un cohete del zenit con gran fuerza y violencia. Era un meteoro, que al hallarse á unos 16 grados del horizonte, hizo una explosión con gran ruido y llamas, de las cuales llovían en la mar los brillantes fragmentos, iguales á chispas de fuego gigantescas. Esto fué seguido por un fenómeno de los más maravillosos, pues que, en el mismo paraje del cielo de donde había partido el meteoro, apareció una figura cuya silueta semejaba en un todo á un grande báculo, circundado de luz blanco-azulada, luz que despedía de sí un brillo intensísimo. Por dos minutos mantúvose la forma, empezando después á alargarse hacia arriba, ondulante y formando zig-zag en contorno á la acción del viento, y disminuyendo por grados en su radio, hasta que vino á ser un punto, superior leve y en forma de espiral, disolviéndose entre las nubes que se aglomeraban y que parecían ser evocadas por el sorprendente fenómeno. Esta visión tan extraña llenó á todos de terror, porque si el meteoro hubiese chocado de lleno con el buque, no hubiese quedado ni el más pequeño rastro del *Alaska*, no sobreviviendo nadie para poder relatar la catástrofe.

Esta manifestación tan palpable y tan terrible de las fuerzas que existen en los componentes del universo, debido todo á una mano Omnipotente, hacen creer, sin ningún género de duda, que muchos de los desastres que ocurren por el mar

hayán sido originados por causas que nos son desconocidas, y las cuales el entendimiento humano no puede todavía alcanzar.»

* * *La Luz del Cristianismo*, periódico espiritista que se publica en Alcalá la Real, por el mero hecho de su aparición ha exaltado la bilis de la gente de sacristía haciéndole una guerra sin tregua ni descanso, pero nuestros hermanos que saben que los clamores de los fanáticos intransigentes no llegan al cielo, siguen sin temer la lucha; por el contrario esperan con ella abrir los ojos á las cieguercitas ovejas que balan sin rumbo fijo.

La Luz del Cristianismo se publica cada 15 días; su administración, calle Real, número 3; cuesta al año 2 pesetas, y empezó su publicación en Abril.

* * Los espiritistas de Utuado han formalizado, dado orden y método á sus estudios, instalándose definitivamente con la debida autorización del Gobierno del partido. El discurso de inauguración que nos remitieron aquellos hermanos, no ha llegado á nosotros. Les felicitamos por su noble empresa y esperamos que su reconocida constancia superará todos los obstáculos que se les presenten, puesto que sus reuniones se celebran bajo el amparo de las leyes.

* * *La Luz del Cristianismo* de Alcalá la Real, publica el siguiente Decreto: «Nos el Dr. D. Manuel María González, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Jaén, etc.

»Á nuestros muy amados diocesanos salud y gracia en nuestro Señor Jesucristo.

»Hemos recibido el primer número de la Revista quincenal titulada *La Luz del Cristianismo*, que ha empezado á publicarse en la ciudad de Alcalá la Real y juntamente con él una hoja suelta que contiene una carta dirigida al señor Cura de Sta. Catalina de la ciudad de Loja, en la cual como en la Revista se exponen doctrinas contrarias á la enseñanza católica y se trata de propagar en nuestra Diócesis los absurdos y perniciosos errores del Espiritismo.

»La simple lectura de los mencionados impresos basta para conocer que no son otros su espíritu y tendencias; pero aun siendo así, no hemos querido tomar providencia alguna, sin someterlos antes al juicio y censura de tres ilustrados y respetables eclesiásticos, quienes después de haberlos examinado detenidamente, nos aseguran que en ellos se hallan clara y explícitamente consignados los errores del Espiritismo, condenados repetidas veces por la Santa Sede, y muy especialmente en 21 de Abril y 1.º de Julio de 1841, en 28 de Julio de 1847 y en 4 de Agosto de 1856; y que en la expresada Revista y hoja suelta que la acompaña, se contienen proposiciones respectivamente *heréticas, impías y ofensivas á la moral cristiana*.

» En su consecuencia, cumpliendo con el gravísimo deber, que nos impone nuestro sagrado ministerio, de velar por la pureza de la fe, y con el fin de evitar en cuanto esté de nuestra parte, que seáis sorprendidos, amadísimos hijos nues-

tros, por los maestros del error, nos apresuramos á levantar nuestra voz, para anunciaros el peligro y exhortaros á vivir prevenidos contra la secta del Espiritismo que aspira á destruir, si le fuera posible, todos los dogmas de la Fe y principios de la Moral, é intenta prevaleerse de la autoridad misma de la revelación, invocando hipócritamente el Santísimo nombre de Jesús en su apoyo, simulando caridad y confundiendo con marcado interés el código sagrado del Evangelio con la variable y funesta regla del libre examen.

»Por tanto, usando de nuestra autoridad ordinaria y de la extraordinaria recibida de la Santa Sede para estos casos, reprobamos y condenamos el número ya publicado y los que en adelante se publicaren de la Revista titulada *La Luz del Cristianismo* y la hoja suelta repartida con su primer número; prohibimos su impresión, circulación y lectura; declaramos á su director, redactores, colaboradores, impresor, suscritores y á todos los que de algún modo contribuyan á su publicación, incursos en las censuras impuestas por las leyes canónicas, y mandamos á los que tengan en su poder algún ejemplar del primer número de la Revista ó de la hoja suelta, que le acompaña, lo entreguen inmediatamente á su párroco ó confesor, quienes nos lo remitirán sin pérdida de tiempo y con la seguridad conveniente para evitar su extravío; y si esto no les fuere fácil, los inutilizarán desde luego.

»Roguemos al mismo tiempo todos al Padre de las misericordias por la conversión de los desgraciados espiritistas y de cuantos se han apartado de la Iglesia católica, á fin de que, abandonando sus errores, vuelvan al seno de esta Madre amorosísima, que los pondrá de nuevo en posesión de la verdad de que Ella sola es Maestra infalible y fidelísima Depositaria.

»Dado en nuestro Palacio Episcopal de Jaén á 9 de Abril de 1883. — † MANUEL MARÍA, *Obispo de Jaén*. — Por mandato de S. S. Ilma., el Obispo mi Señor. — Licdo. *Francisco Fernández*, Canónigo, Srio.»

»Los señores Párrocos y Ecónomos leerán á los fieles este nuestro Decreto al ofertorio de la Misa mayor, en el primer día de fiesta inmediato á su recibo.»

Estos escritos no necesitan comentarios. ¿Cómo quedaria D. Manuel María si se le obligara á probar lo que dice? Debe saber S. S. que el Espiritismo prueba siempre, y por esta razón está por encima del catolicismo romano.

.. *El Faro*, de Sevilla, se despidе de los suscritores para una temporada que tal vez sea corta; pero no queda Sevilla entregada por completo á los fariseos; allí hay buenos adalides que defienden ardientemente la causa del progreso, entre otros el impertérrito periódico *La Lucha*, semanario libre-pensador.